

# Cosquillas



30  
CÉNTIMOS

*Demetrio*

*CURIOSIDAD, por Demetrio.*

*¡Tengo unas ganas de casarme  
para saber lo que es una adúltera...*



---

Album  
de  
belleza  
Teatro Romea

---

He aquí al gran Lepe, caracterizado en *Incórdiez*, observando el gracioso agitar de piernas de las cuatro grecorromanas que, como todas las mujeres que elige Campúa para su teatro, llevan echado el completo de la belleza.

Comprenderán ustedes cuánto es mi agradecimiento al actor bufo por haberse hecho una cabeza que parece la mía *talmente*. Y cuál será mi envidia al verle tan bien colocado.

Vuestro hasta a la arrastrandilla, INCÓRDIEZ.

Foto. Cortés.

R4918

# COSQUILLAS

## REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración: **CENTRAL ADMINISTRADORA**

DE **PUBLICACIONES Y EDICIONES**

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.175.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: **INCORDIEZ**

Año I Madrid, 18 de Diciembre de 1926 Núm. 12



### PELIZ COS

[Redacted text]

Al alcalde de Yecla no se le puede ir con músicas.  
Por un quítame allá esas gorras, ha multado media Banda Municipal, y por toque más o menos floreado a Diana, ha



La revista COSQUILLAS con su zorrilla, que pronto empezará a colaborar.

hecho lo propio con la banda de La Cruz Roja.  
Y es lo que pensarán los músicos multados.

—¡Luego dicen que si la música!...

\*\*\*

Hemos leído en una cartelera de espectáculos:  
"Mañuppu Pigáll's. Original fiesta del biberón."

¡Caramba! Eso nos interesa grandemente. ¡A ver señores; que se sepa el nombre de la agraciada!

\*\*\*

De un diario de la noche:  
"Se han reducido las fuerzas de ocupación de Renania."

Después de la ocupación, encontramos lógico la reducción de fuerzas, y aún la carencia absoluta de ellas.

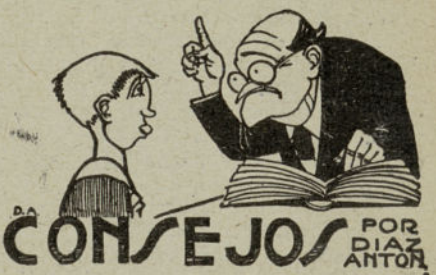
\*\*\*

Rotundo y afirmativo título de una comedia que se representa en Lara.

"Poca cosa es un hombre."  
¿Poca cosa un hombre? Será que las hay ansiósísimas.

El próximo número de COSQUILLAS es el Almanaque. ¡Ni ná, ni ná de Almanaque!

Este número ha sido revisado por la censura.



Si una mujer casada te dice que eres muy simpático, trabájala sin miedo. ¡Que te digo que la trabajes!

\*\*\*

No guardes para la calle las exquisiteces amorosas de que privas a tu compañera. Piensa que tu mujer a lo mejor oye campanas y quiere saber en dónde tocan.

\*\*\*

No repitas en 1927 nada más que las cosas buenas que hiciste en 1926. Por lo tanto, no dejes de buscar a aquella morena de aquella noche y procura encontrar a aquella rubia de aquella tarde.



EL MARIDO BURLADO.

—¡Por aquí no habrá venido la infame con su amante!... ¡No!, por aquí no, porque no está la yerba aplastada.





## COMENTARIOS DE UN DEMENTE

### La justa aspiración de Don Senén

—Obligado a dejar la forma humana, a usted, ¿qué le gustaría pasar a ser: mesilla de noche o baticola?...

Estamos en una reunión familiar "muy 1880"—¡oh, aquellas reuniones cursis tan románticas, con su pròpica camillita, alcahueta del mudo, pero e'ocuente lenguaje de las rodillas—, y un majagranzas ha propuesto este divertimiento ingenioso:

—¿A usted qué le gustaría más ser: mesilla de noche o baticola?

—Hombre, la duda ofende; ¡mesilla de noche!...

—¿Por qué?...

—La baticola va siempre a caballo, esto es cierto; pero ¡hay que ver en qué postura y en qué sitio del animalito! En cambio, la mesilla está tan a gusto en una estancia discreta, y si la cama es de un matrimonio, la mesilla puede pasarlo mejor que en el cine.

—Perfectamente. Y usted, señorita, en el trance de elegir, ¿por qué se decidiría usted: por convertirse en compotera o en botón de nácar?...

—Déjeme usted pensarlo.

—Ha de ser en seguida.

—Pues bien: de ese dilema preferiría la compotera al botoncito.

—¿Por qué?...

—El botoncito puede tener, en efecto, la suerte de ir pegado a una prenda interior de un hombre joven; pero mi alma sufriría mucho y estaría siempre descosiéndome para no ver algunas cosas. En cambio, en mi vida compoteril, aparte de lo dulce de mis entrañas, continuaría viviendo un poco de la vida humana, porque chicos y grandes—estoy cierta—vendrían, a solas, a meterme el dedo...

Furciátez, el eterno bebedor, prefirió ser mora de jardín a pincel, porque siendo mora tenía la esperanza de que le conservasen en aguardiente, y el ambiguo Paquito Gozoso se pronunció por convertirse en saco y caer en las manos de un comerciante activo.

Senén Marisalá, aquel muchacho que dió tanto ruido en Madrid y en San Sebastián hace dos años, gastándose de mayo a octubre el millón y medio de pesetas que le dejó en herencia su excelente progenitora María la Blanca,

quien, a su vez, lo había heredado del "soi-disant", padre del *garçon*, un anciano tolerante y distraidísimo, no quiso, en absoluto, ser en lo futuro nada de lo que le proponían.

—A mí, o me dejan ustedes buscarme por mí mismo el próximo avatar



#### APRECIACIONES

APRECIACIONES, por Gori.

—... Y, no lo dudes, ninguna mujer engaña a su marido si lleva la camisa remendada...

o no juego a las prendas. Yo, de dejar de ser quien soy, pido encarnar en un poliándrico.

—Querrá usted decir en un poliedro.

—Quiero decir en un poliándrico, y ya saben ustedes lo que es eso. ¿Que no? Pues bien, señoritas y señoras: La poliandria consiste en autorizar a la hembra a matrimoniarse con diversos esposos.

—¿Al mismo tiempo?

—Al mismo tiempo.

—¿Una mujer con cuatro o cinco maridos?

—O con cuarenta o con cincuenta.

—Y, ¿cómo se las compondrán?

—Bien. Cuestión de acostumbrarse.

¿No se acostumbran ustedes a la poligamia, al caso contrario, a las muchas mujeres para un solo varón?...

—Nosotras?...

—Las moras, por ejemplo. Y esto es más grave. Ello conduce a la catástrofe financiera de la casa porque piensan ustedes que si tener un hijo cada año es la ruina tener veinte hijos cada año debe de ser la locura. Los poliándricos, en cambio, están muy descansados a este respecto. ¡Un hijo, y de siete, por ejemplo!... ¿Se dan ustedes cuenta? Yo me imagino a mi santa madre, que en paz repose, natural del Kooliman, en vez de natural de Valladolid y casada con quince koolimanes en lugar de con un badajocense. Ustedes, que la conocieron, saben que jamás hubiera desposado con hombre sin rentas. Los quince koolimanes hubieran sido quince potentados. Y quince potentados viejos, porque a ella la gustaba poderlos en todos los terrenos. ¡Viuda mi madre quince veces, yo, que ahora soy un desdichado sin dinero, tendría quince fortunas de legítima herencia. Y en vez de estar aquí, entre ustedes, haciendo el idiota y aburriéndome viéndoles jugar a las prendas, estaría en un *cabaret* con la más granadita de la casa dándole al champán "extra-sec" y revolcándome en el tapiz, que es el baile de moda. Conque, ¿qué les parece?...

LEOPOLDO BEJARANO.

Próximamente, nuevas y regocijadas secciones ilustradas.



Ella.—¿Y ésta es la mayorcita? El viudo.—Sí; pero ya ve usted qué esmirriadilla se me ha quedado.

Ella.—Pues a no amilanarse y a cuidarla, a ver si pronto la veo gráa.



ENTUSIASTA DEL BRASERO, por Demetrio.

—Yo, prefiero el brasero a cualquier sistema de calefacción central... ¡Más central que esta calefacción...!



Desde que los grandes rotativos han asegurado en sus columnas abarrotadas que varias tías yankis se despenaron al conocer la muerte de Rodolfo Valentino, la existencia se nos está haciendo imposible a los sujetos desgraciados que no somos precisamente ni unos Apolos ni unos Fontalbas.

Porque, claro y transparente, como la causa de los suicidios femeninos ha sido la belleza latina de Rodolfete, que santa gloria haya, los jóvenes desocupados que pululan por los cafés céntricos se han dicho lo que sigue, bien: "Para triunfar en esta pelota movедiza y enternecer a las damas y a los filletes de a treinta, no hay otro remedio que ser de un guapo subido en ascensor".

Y han empezado a acicalarse de una manera, que el otro día me encuentro a un amigo mío, que no es porque yo lo diga, pero era más feo. que pegarle estacazos a las camareras de los cafés cantantes, y como estaría de cambiado, que yo al principio no le reconocí, lo mismo que los galenos a la tercera visita del paciente:

—¡Caray, Ignacio! ¿Pero eres tú?

—El mismo que viste y se pone las babuchas.

—Pero, chico, ¿qué has hecho de aquellas narices en forma de patata de la tierra, que usufructuabas?

—Me han dado masaje. Cuatro sesiones a cinco duros y me la han dejado más romana que una báscula Toledo.

—Y si no recuerdo mal, tú tenías los ojos chicos, como dos párvulos y ahora que me fijo, en su lugar tienes dos platos llenos de calamares en su tinta Sama.

—En la Academia de Belleza que frecuento me los han agrandado. Lo mismo que el pelo; antes era color café con leche de tupí, y, como verás, ahora lo tengo de un negro azabachado, que por la noche no me puedo peinar porque no me lo veo. Y de fuerzas, no te digo nada; he hecho un ejercicio con los remos, que te sacudo un tortazo con esta diestra y si quieres coger la muela más cercana, te tienes que ir a Alicante. Y si deseas te lo pruebo.

—Mira, rico, no te pongas chulo, porque los flamencos, para los parques zoológicos... ¿Se puede saber a qué viene esto?

—Pues viene a que hay que vivir, y que aquí el gachó que no presume de rostro, lo mejor que puede hacer es ingerir diez cerillas de lujo y meterse en una caja. Además, que pienso dedicarme al cine, y como sabrás, a jamón para actuar en este mudo arte, hay que parecerse al difunto italiano, y si no, no trabajas ni en un garaje.

Y mi amigo el vividor tenía una razón que parecía que se la habían dado

en un solar de esos en que hay cartelitos que dicen: "Aquí darán razón".

El galán agraciado, con haberse muerto nos ha revuelto este tranquilo cofre de una forma, que ya es imposible vegetar.

Porque cuando vivía, solamente alguna que otra niña candorosa, al contemplarle en el lienzo, exhalaba suspiros de amor y, pensando en él, le hacía la pascua, y alguna que otra cosa, al individuo tranquilo que a su vera se sentaba.

Pero desde que ha fallecido, los hombres se han dado cuenta que para triunfar y atesorar dinero y alhajas, hay que ser moreno y trabajar en el cine, y nos están haciendo migas a los que frecuentábamos los susodichos locales con la náutica intención de ver lo que se pescaba.

Antes iba usted a un cine, y alguna que otra vez tropezaba al lado con una buena gachí, a la que con mucho disimulo se la podía rozar un codo y se quedaba uno tan satisfecho, y diciendo: "¡Hay qué ver lo que se parchea en



UN GUARDA, ENTERADO, por Bluff.

Un guarda.—¡Ahora mismo los llevo a la Comi!

El otro.—¡Hombre, respeta al Amor!

El primero.—¡Qué amor ni qué zurriagos! ¡Ese no es el Amor; ése es el Sabas, que vive junto a mi casa y es un fresco!

estos lugares oscuros! ¡Cómo adelantan las ciencias! ¡El que no está encantado de haber nacido es porque tiene reuma!...

Pero va usted ahora y no le toca una mujer en la butaca vecina ni por una casualidad de juguete cómico.

El salón está abarrotado de jóvenes bastante guapos, que permanecen muy serios contemplando a los actores, no gastan ni una chirigota, y en los intermedios salen al vestíbulo y se ponen a hablar de las cejas de Rodolfo, de las orejas de Rodolfo, de la estatura de Rodolfo y le dan a usted un te con Rodolfo, que se lo dan con picatostes, y le sirve de cena americana.

Y como las damas se han acostumbrado a ver hombres, que porque tienen una mano bonita presumen más que si hubiesen ido de aquí a Caracas en bote, va uno descuidado en el indumento o en el embellecimiento de la faz y nos hacen el mismo caso que a una mata de legumbres.

Hace años llevaba uno una americana algo rota, y a las mujeres lo único que les importaba de la bonaerense era si había billetes en los bolsillos, o si el individuo que la portaba era un tío salado y dicharachero.

Y los que no éramos unas divinidades,

les hacíamos cuatro chistes regulares y a los quince minutos nos cerrábamos con ella en un gabinete con alcoba, utilizábamos la última, y aflojábamos los tornillos del lecho de puro amor.

Pero actualmente, ¡gaitas asturianas! Para hacer enloquecer a una señora tenemos que pasarnos dos horas delante de una luna, vestir a la moda yanqui y ponernos iodo en las mandíbulas para amulatarnos.

¡Y esto sí que no!

Porque tener entre nuestros brazos vacunados una buena mujer y ejecutar toda la gama es colosal, y yo lo reconozco.

Pero si para conseguir esto tiene uno que lavarse la cara todos los días es preferible contemplar a solas el retrato de una gimnasta de Price que sea guapa, aunque después tengamos que ir a una manicura a que nos quite los callos.

¡Pues estaría bueno, y con apetito!

¡Vamos, hombre!

¡Los sacrificios para las comedias en tres actos y un epílogo!

MIGUEL SANTOS.

Ilustración de Mihura.

## Una súplica

Nuestro director ruega al público, a quien debe su encumbramiento, que no deje de acaparar el número de nuestro Almanaque, porque si se venden los veinte mil ejemplares le subirán el sueldo lo menos, lo menos en catorce reales, y el pobre está deseando adquirir a plazos una trinchera flaman.

LA REDACCIÓN

### Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos. «SECRETO FAUST», infalible ¡aun septuagenarios! Envío pliego cerrado, 0,25. Escribid Apartado 1.236. Madrid



CURIOSIDAD, por Demetrio.

—¿Será verdad eso de la obediencia de ciertos perros?



# Barcelona En Pyjama.

Este es un hombre extraño y misterioso, que todas las noches se dedica a divertir a la aburridísima concurrencia de *Excelsior*. Porque en eso no cabe duda: la concurrencia de *Excelsior*, como la de los demás cabarets barceloneses—más o menos barceloneses, ya que todos ellos han sido traducidos del francés—, se aburren. Los pollos, con una agilidad que envidiarían los macacos, se suben de un salto a las altísimas banquetas del bar americano. Indudablemente, las altísimas banquetas del bar americano, les recuerdan a esos pollos los cocoteros de la selva virgen, más o menos virgen y decimos eso, porque la de la selva, como otras muchas, es una virginidad muy sospechosa.

Las chicas de la casa y las turistas, en compañía de los señores serios que han engordado y ya no saltan, ocupan las mesas de la pista. El señor recio, por no quedar mal, pide un whisky. El whisky le da cien patadas y le remueve el estómago. ¡Pero no es cosa de que se ponga en ridículo pidiendo un *yoghurt*, que es lo que a él le gusta!

Los músicos de Sanginés, inútilmente pretenden animar a la concurrencia con sus furibundos compases de *charlestón*, esa danza que es la negación del compás y del ritmo. Pero la concurrencia no se anima.

En las mesas se oyen frases tan interesantes como las siguientes, con las que podría confeccionarse una magnífica antología:

—Dame cinco duros para unas medias.

—Mira, ahí va don Emilio Junoy. ¡Ese sí que es un hombre simpático!

—Pero no bebe, y un hombre que no bebe está muy bien en la biblioteca del Ateneo; pero muy mal en un cabaret.

—Ayer estaban los francos a 18. ¡Qué calamidad!

—Mi novio no me da dinero. Pero como tiéne un colmado, me paga en especies.

Otras chicas ni para conversar tienen ánimos. El cabaret las abruma; les cae encima. El cabaret es como una penitencia para las pobres. Se aburren, bostezan, miran con una completa indiferencia. A Maruja, por ejemplo, le guardan en el mostrador las novelas de Dumas (padre), y así que entra el camarero le sirve un gin-cocktail y un volumen de *Los tres mosqueteros*. Así Maruja dedica dos horas todos los días—de siete a nueve—, a la

lectura. Por pudor, por miedo de que la tomen el pelo—pues lo lleva muy corto—, no se atreve Maruja a presentarse en el cabaret con obras más serias, pero yo he descubierto en la mesilla de noche, de la deliciosa criatura el *Quijote*, un Kempis, y *La crítica de la razón pura*, de Kant. ¿Qué les parece a ustedes? Tal vez les parezca excesivo, como a mí. Pero a mí no me interesaba su gabinete de lectura, sino lo otro: la lectora.

Henriette es también otra de las muchachas interesantes que se aburren en *Excelsior*. Recién llegada de Ginebra, donde alternó con todos los diplomáticos de la Sociedad de Naciones, ¿cómo puede resignarse la infeliz criatura a alternar con los teneros de Barcelona?

—¡Imposible!

Pues bien, en *Excelsior* se ha presentado un hombre, extraño y misterioso, con la santa intención de divertir a la gente. ¿Será un filán:ropo, un santo, el hombre animado de tan piadosas intenciones?

No, no es un santo, no es un filán:tropo: es un pobre diablo que se co-



JUEGO DE PALABRAS, por Bellón.

El.—Si me dejas que te de un beso, te regalo una torta.

Ella.—Si me das un beso, te doy una torta.

loca junto a la orquesta y canta—o grita, como ustedes quieran—, el chotis de *Las mujeres de Lacuesta*. Alguno de los parroquianos se indigna. Pero no es cosa de que se cante *Sigfredo* en *Excelsior*.

El cantante, para cantar se pone lentes y guantes, lo que indica en él una delicadeza y una prueba de respeto por la música, por la música de Guerrero, por lo menos. La gente del cabaret acoge el lírico obsequio con gritos, berridos, risas y carcajadas.

Ante tan magna manifestación de gratitud, el cantante se quita los lentes y los guantes, sonríe beatíficamente, y se retira humilde por el foro.

Al poco rato, el cabaret vuelve a su tristeza, a su aburrimiento. Las tanguistas dicen:

—Morir habemos.

Y contestan:

—Ya lo sabemos.

LUIS CAPDEVILA.

## POR ESOS «CINES»

*Cine Madrid*.—Dos éxitos grandes y definitivos se han dado al público esta semana en el Madrid. La graciosísima creación de la Patsy Ruth y Mot Blue "Echando chispas" y "La marca de la vanidad", en la que luce su arte y su belleza la arrogante estrella Belly Bly The. Ambas producciones acreditan una vez más el buen gusto y la preocupación de la empresa, por servir a su número público.

*Princesa*.—Continúa el enorme éxito de la única y verdadera película de la guerra, "El gran desfile." Por ello, la empresa se ha visto en la precisión de prorrogar por otra semana su proyección.

*Real Cinema*.—"El séptimo chico", novísima producción de la Emelka, ha constituido la nota saliente de la pasada semana en este lindo local. Para sustituirla dignamente se ha proyectado la formidable creación de Douglas Fairbanks "El pirata negro", que ha obtenido un éxito clamoroso.

*Dos nuevos cines*.—Durante la última semana se han inaugurado dos nuevos locales, dignos de Madrid. Uno, el "Cine del Callao", se inauguró con una producción española, "Luis Candelas", digna de gran elogio, y el otro "El cine Bilbao", lo hizo con la graciosísima cinta de Charlot "El peregrino", que fué celebradísima.

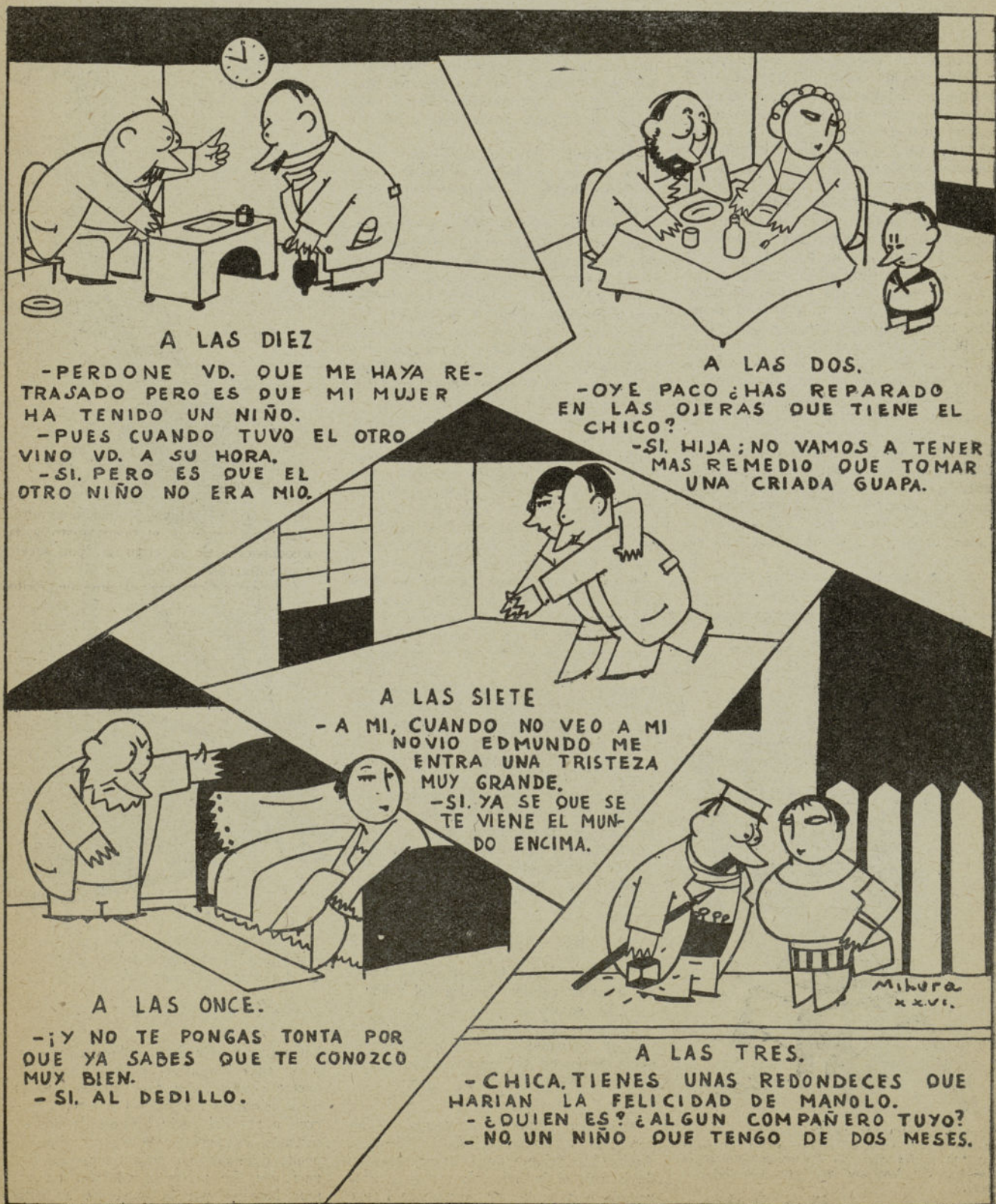
*Royalty*.—"¡Echando chispas!" y "El abanico de Lady Windermere", han constituido la nota más saliente de la semana en este favorecido local.

DUFFY.

Próximamente, nuevas secciones  
ilustradas.



# INVIERNO, por Mihura



A LAS DIEZ

-PERDONE VD. QUE ME HAYA RE-  
TRAJADO PERO ES QUE MI MUJER  
HA TENIDO UN NIÑO.  
-PUES CUANDO TUVO EL OTRO  
VINO VD. A SU HORA.  
-SI. PERO ES QUE EL  
OTRO NIÑO NO ERA MIO.

A LAS DOS.

-OYE PACO ¿HAS REPARADO  
EN LAS OJERAS QUE TIENE EL  
CHICO?  
-SI. HIJA; NO VAMOS A TENER  
MAS REMEDIO QUE TOMAR  
UNA CRIADA GUAPA.

A LAS SIETE

-A MI, CUANDO NO VEO A MI  
NOVIO EDMUNDO ME  
ENTRA UNA TRISTEZA  
MUY GRANDE.  
-SI. YA SE QUE SE  
TE VIENE EL MUN-  
DO ENCIMA.

A LAS ONCE.

-¡Y NO TE PONGAS TONTA POR  
QUE YA SABES QUE TE CONOZCO  
MUY BIEN.  
-SI. AL DEDILLO.

A LAS TRES.

-CHICA, TIENES UNAS REDONDECES QUE  
HARIAN LA FELICIDAD DE MANOLO.  
-¿QUIEN ES? ¿ALGUN COMPAÑERO TUYO?  
-NO. UN NIÑO QUE TENGO DE DOS MESES.

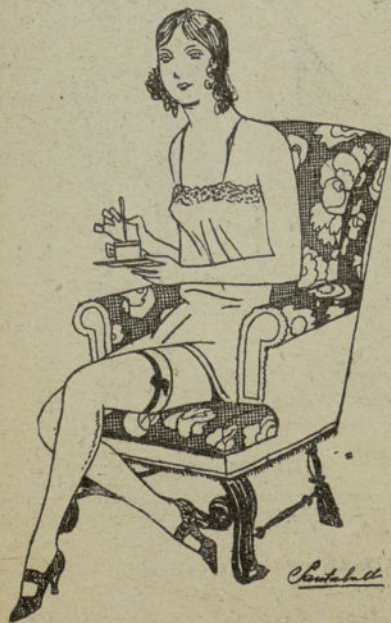
Cuentos al oído

## ¡Ladrones!

En las altas horas de la noche—noche negra de diciembre—, dos hombres asoman por las calles más apartadas del barrio de Salamanca. Son dos coágulos de tinieblas más espesas que el manchón negro, en que la noche diluye los perfiles de las cosas. Visten un abrigo ceñido, calzan silentes alpargatas y se tocan con gorras de mucha visera caída sobre los rostros. En torno a sus cuellos, se anudan ricas bufandas de lana. Llevan las manos en los bolsillos casi desfondándolos y los brazos un poco en jarras a los costados. Por ello, cuando pasan junto a un farol, sus rostros, un tanto serpenteantes, parecen sobre el suelo dos largas ánforas caídas. Las calles del barrio aristocrático se encuentran solitarias. Se acabaron ya los tranvías. Sólo, muy de vez en vez, suena distante una bocina de automóvil. Y algún perro de hotel suele responderle con unos aullidos de agorería.

Los dos hombres caminan a buen paso. Miran a hurtadillas y, cuando cruzan una calle, aún extreman más sus miradas oblicuas. No cambian una sola palabra. ¿Para qué?... Todo se lo tienen dicho ya. Ha sonado la hora de obrar.

Al fin, después de muchas vueltas y



—La primera vez que lo hice me supo riquísimo. En cambio, ahora, como lo hago casi todos los días, ya parece que no es lo mismo. Tal vez sea que este chocolate es peor.

Dib. de Santaballa.

revueltas por aquellos vericuetos, llegan a un hotelito coquetón, saltan la tapia, que da a un descampado y se pierden en un pequeño jardín, donde cabecean unos cuantos cipreses. Ya, sin embargo, no caminan enhiestos, sino encorvados, agazapados, como si buscasen por el suelo algún objeto perdido. Hételes, al fin, junto al muro de la casa. Se detienen entonces. —¡Oye, Blas!—dice uno de ellos, el más corpulento—. Voy a subir yo. No estará la Chavala. Y si está, procuraré que no me sienta, y si me siente, procuraré que chille poco... Tú, aquí quieto, pase lo que pase, para avisarme en el caso de que notes algo sospechoso. ¿Me entiendes?...

—Descuida, Andrés, descuida—, contesta el otro—. Aquí me estaré como un poste hasta que bajes. Ahora, ¡al avío!...

Andrés se vale de Blas para preparar hasta una ventana, por la que desaparece en seguida. A los pocos momentos, Blas se sobrecoje de espanto.

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!...—clama, angustiada, una voz de mujer.

Lo clama dos veces nada más. Luego tornan la tranquilidad y el silencio.

—¡La Chavala!... ¡Estaba ahí!—piensa Blas—. ¡Peor para ella!... ¡Andrés tiene la mano un poco dura!...

Y continúa en su puesto, tensos oídos, ojos y pensamiento. Sus oídos, agudizados, escudriñan dentro de la masa de silencio los bisbiseos oscuros como arañosos de las cosas, mantenedores de coloquios misteriosos. Sus ojos apuñalan las tinieblas, las estrellas palpitantes en el cielo, las siluetas desasosegadas de los árboles del jardínillo. Y su pensamiento, en tanto, suscita la imagen de la Chavala, la famosa danzarina, propietaria de aquella casa. El y su compinche la vieron actuar unas semanas antes en un teatro de variedades. ¡Qué real hembra! A los sonos de la orquesta, su cuerpo se cimbreaba con una felina elasticidad. Toda ella era como una llama. Mimaba con sus actitudes el dolor, la pena, la alegría, la lascivia, los sacudimientos del espasmo carnal. Y las piedras preciosas chorreaban luz en sus menudas orejas, en el moreno vallecito abierto entre sus senos, en su garganta y en sus dedos ahuesados, en medio de la loca algarabía de las castañuelas. Las brujas escintilaciones de aquellas piedras, causaron a los dos amigos la misma fascinación.

—¡Si fueran nuestras!...—dijo él a Andrés.

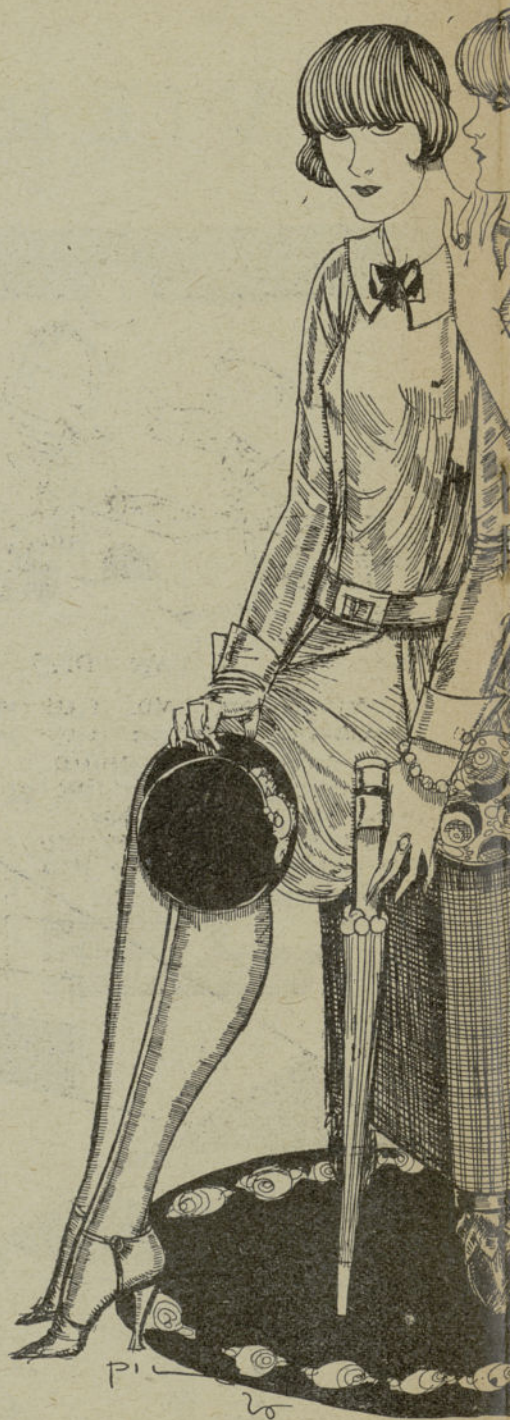
Y Andrés hubo de contestarle, abierta ya en su cerebro la idea del robo:

—¡Lo serán, Blas, lo serán!...

Por eso está él allí, vigilando, mientras su compañero, hunde acaso ya sus dedos ágiles en los joyeros de la artista.

\*\*\*

Pasa, sin embargo, el tiempo. Blas, comienza a impacientarse. ¿Qué hará Andrés?... ¿Cómo no ha regresado todavía con el botín?... Interroga con la mirada a la casa, que permanece her-



¿QUE "QUEDÓ"

Una.—¡Qué desgraciada soy! ¡Cuán neces grises... ¿No me comprendes, Julín?

La otra.—¡Y más vale que no te compren-

harmética y silenciosa... Aún espeta un poco más. Comienza a levantarse un fuerte ventarrón, a cuyo impetu oscilan como péndulos los árboles desnudos. Corren a ras del suelo briznas de hierba, pedazos de papel, hojas secas... Blas no puede dominar por más tiempo su impaciencia. Le acomete, además, un temor horrible por la suerte de su ami-



"DRA"?, por Picó.  
necesitada de un cariño que endulce mis horas  
renda, porque te voy a dar un quantazo!

cina. Blas se detiene y escucha. ¡Nada!  
¡Un silencio de sepulcro! Le invade un  
sudor frío; quizá tiembla un poco, pe-  
ro no quiere salir de allí sin saber lo que  
ha sido de Andrés y continúa sus in-  
vestigaciones andando de puntillas, a  
paso de lobo. De pronto ve una hebra  
de luz que indica el marco de una puer-  
ta y siente tras de ella un leve rumor  
de charla. Se aproxima cautelosamente,  
dispuesta la pistola, y pega su oído a  
la madera. Son dos las personas que  
hablan. Una de ellas es Andrés. Su voz  
sueña suplicante, imploradora...

—Perdóname, Chavala—dice—. Si;  
venía a robar tus joyas... Te desma-  
yaste al verme... Te sostuve en mis  
brazos... Y ya no hubo "pa" mi más  
joya que tu cuerpo... Fué una locura...  
Pero ¡eres tan hermosa!...

Ella, entonces, le interrumpe exclamando con su voz cantarina:

—¡Qué ladrón eres, hijo! ¡Más ladrón de lo que tú te figuras!

Y comienzan a sonar unos ósculos muy dulces.

—Blas nota que debe tener las cejas como acéntos circunflejos, la boca redonda, la mirada estrábica... ¡La cosa, en efecto, es para que cualquiera ponga cara de bobo!... Busca anhelosamente el ojo de la cerradura. Ve un trozo de cama con las ropas revueltas. La Chavala está sentada en ella. Rie, agita sus brazos morenos, sacude sus crespos cabellos negros. De súbito, una fuerza incontrastable—la de Andrés sin duda—la derriba rodando... A Blas se le desorbitan las pupilas... ¡Oh!... ¡Cómo crepitan los besos!... ¡Ah!... ¡Qué dulce suspirar!... Aparta, al fin, la vista de la cerradura... Una risilla pícaro, anima sus facciones...

—La Chavala—se dice—debe tener una doncella... ¿Dónde dormirá?

Y, guardada la pistola en el bolsillo, reanuda sus pesquisas por la casa...

JOSÉ A. LUENGO.

*De una tienda de curtidos.*

Los precios de nuestros géneros jamás tuvieron rivales; aquí se trabaja en cueros a precios convencionales.

*De un concurso.*

Para enviar a provincias tabletas de naftalina, necesitamos obreras en sacos especialistas. Es inútil presentarse sin ser obreras completas, pues hay que hacerse cien sacos de tabletas.

*De una carnicería.*

En esta carnicería hay toda clase de géneros, tenemos morro de vaca y pesuñas de carnero.

*Alquiler.*

Bella finca de recreo, se cede para el verano: la cuadra no la cedemos porque la va a usar el amo.

FIDEL PRADO

**Anuncios por palabras**

*De una fotografía.*

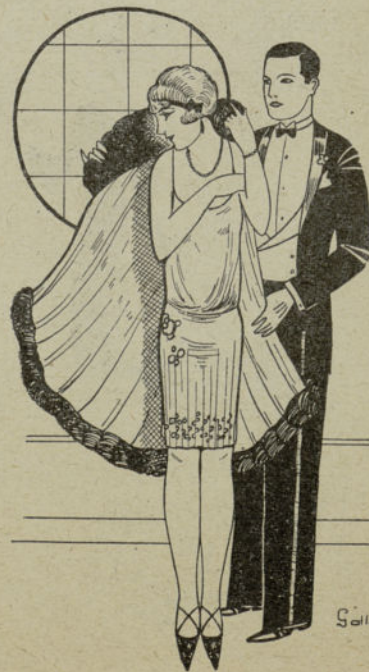
Señoras: No retrataros sin ver la foto de Ariño; hace muy bien las postales, y mucho mejor los niños.

*De "El Tirón de Blonda".*

Estamos bien surtidos en visillos; pero estamos mejor en calzoncillos.

*Venta.*

Un cesante contumaz se ve obligado a vender una dentadura nueva por no poderla atender.



CANDOROSA, por Gallardo.

El.—¿Me permites que te dé un beso?  
Ella.—Bueno; pero si no me gusta te lo devuelvo.

## Cuando ellas se visten y cuando ellas se desnudan

Hemos visto a Margarita Xirgu en "Nuestra Diosa", y hemos salido del teatro con un considerable robustecimiento de nuestras mejores convicciones. Eso de que la mujer, es según el traje que la viste, es cosa en la que creíamos antes de que Bontempelli la llevara a la escena, tan graciosa y divertidamente como lo hace, no sin pasar por "El doctor Inverosímil", del ilustre Gómez de la Serna, creador afortunadísimo del protoplasma.

—¡Bueno, hay que ver cómo va saliendo esta cuartilla! que da vida al doctor de "Nuestra Diosa."

El traje "tailleur", el traje tórtola, el traje sierpe, el hábito frailuno, etcétera, etc., sirven para que "Nuestra Diosa" sea sucesivamente una mujer distinta. Esto no le gusta nada al público, que se aburre, como un molusco neurasténico, durante la representación. Y, sin embargo, esto es lo que está viendo todos los días, por escasa que sea su relación con la mitad más presentable del género humano.

Si nos encontramos por ahí una muchachita vestida con un trajecillo he-

cho en casa, con un abrigoito adornado con pieles de felino, y con un sombrero confeccionado a base del que desechó papá, es indudable que nos hablará—ella, la muchachita, no el sombrero—de su seis hermanos, de que se divierte mucho en las reuniones de una amiga,



Ella.—¿Quién te quiere a ti, marido mío?

El (distráido).—Maruja, ¡O que diga, tú!

Dib. de Santaballa.

VENEGAS.



HERREROS

La doncella.—La señorita no está visible, porque está desnuda.

El.—¡Pues estará jamón! ¡Es como yo la quiero ver!

Dib. de Herreros.

y de que aspira a casarse con un empleado público. Ya, al verla, pensamos que es lo que se llama "una niña cursi", cosa que no pensaríamos si ella luciera un abrigo de zorro azul.

Si tropezamos en la vía pública con una voluptuosa que nos chista:

—¿Vienes, moreno? (porque uno es moreno) podemos asegurar que aquella infortunada pretende dos duros. O quizá menos. Y, si la misma peripatética se viste con mejores galas y nos sonríe en el Alkazar, es indudable que va a pedir una botella de champaña y un billete de los que todavía—a pesar de la depreciación del dinero—dan de sí el importe de una trinchera.

Hasta ahí estamos conformes con Bontempelli. Nuestra disconformidad se manifiesta cuando la señorita Diosa se quita los trajes y queda con una indumentaria concisa. O sin indumentaria. Entonces, según el autor italiano, es como un niño, como un muñeco de pasta; no tiene alma. Las almas dis-

intas de la Diosa, están en sus trajes diversos.

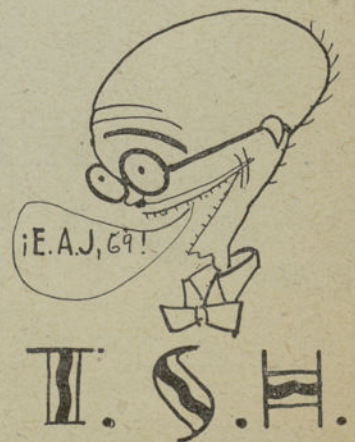
No. Cuando ella se desnuda desaparecen los matices que a su alma da el traje que lleva puesto. Y queda el alma desnuda. ¡Y qué alma tienen algunas!

No. No es un niño, ni un muñeco de pasta. Es una cosa muy seria. Todo el que haya realizado esa comprobación—y el que no la haya realizado, debe apresurarse, para no seguir haciendo el colibrí—habrá visto y palpado, que unas son más inquietas, otras, más solemnes, algunas alborotadoras, muchas silenciosas y reconcentradas, y todas propicias a la fractura del esternón.

Nosotros hemos desnudado algunas señoras—no se alarmen los lectores: simplemente con una intención psicológica—y hemos podido poner el dedo en la llaga. Sí. Cuando ella queda en un todo semejante a nuestra madre Eva, en las horas en que aquella pardisiaca señora se quitaba el pámpano con la intención de abanicarse, le sale un alma bastante expresiva y conmovedora. Un alma que se descubre con admirable sinceridad. Tanto, que a veces una paloma cazada en el arroyo, nos ha salido dengosa y preocupada con los textos de urbanidad, y una señora respetable y virtuosísima, nos ha obligado a pagar una indemnización por la rotura del sommier.

Crean ustedes en Bontempelli, pero hasta el momento en que "Nuestra Diosa" se queda en camisita. A partir de este instante crean ustedes en lo que perciban. Y no en lo que digan los literatos.

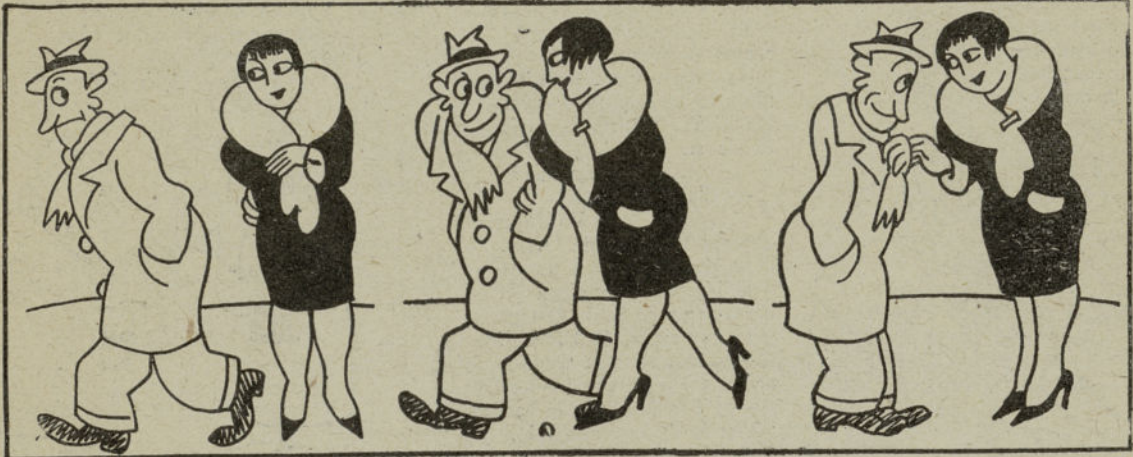
Esa es la hija.



¡MUY PRONTO!

Darán comienzo las emisiones de mi estación. He contratado a un explicador con la voz naturalmente impostada, que es un encanto.

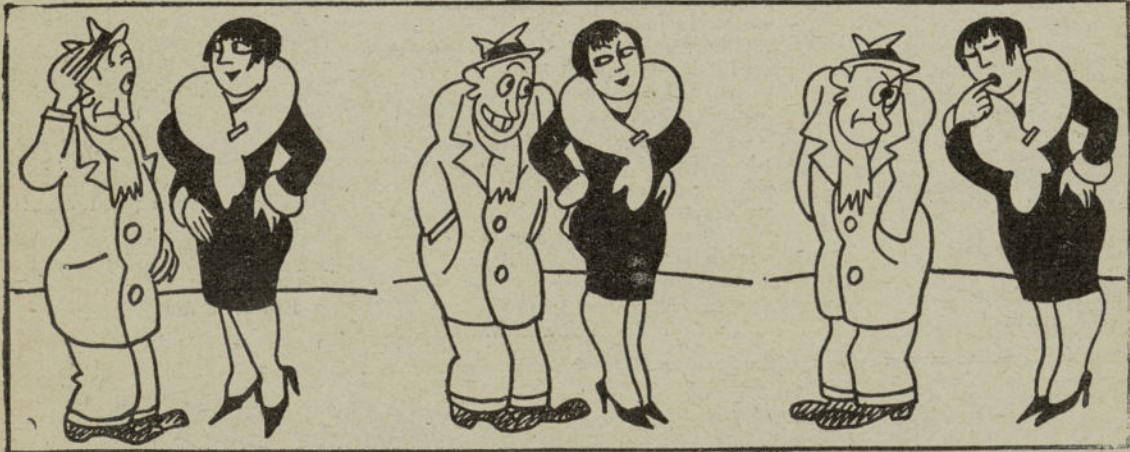
# NOCTURNO, por Bluff



—Oye... mira...

—Verás...

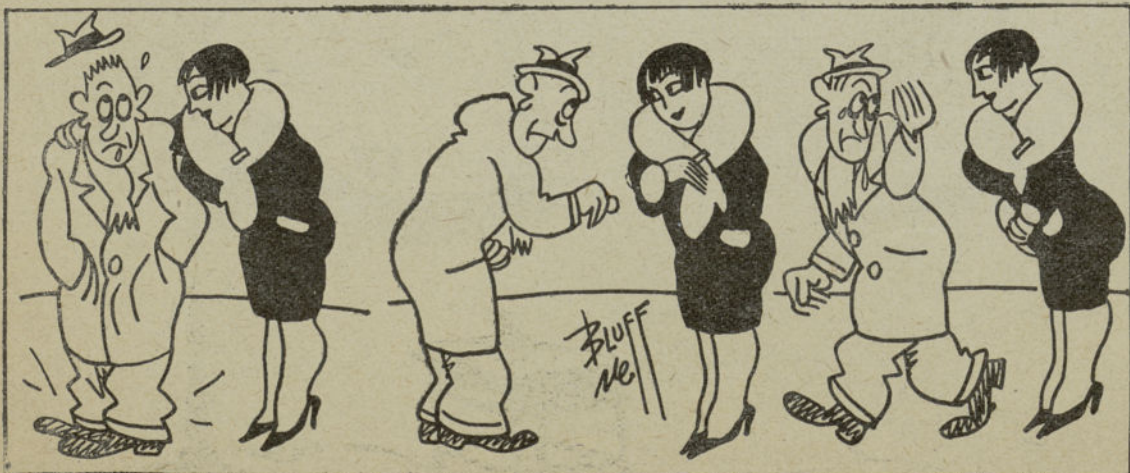
—Primero...



—Además...

—Luego...

—Espera que piense para después...



—¿Qué te pasa...?

Toma... y adiós...

—Pero...  
—Es que... ya... ¡Te lo has ganado!...

## Un invento trascendental ¡Su padre!

Un químico de Llon, a quien hemos de aplaudir, ha logrado descubrir una genial reacción, mediante la cual, será



fácil a un señor, saber de fijo, a quién le dió el ser, y al hipo, quién es papá.

Por si el invento citado logra implantarse con tino, ahí va lo que vaticino y ¡a ver si me he equivocado!

En casa de Don Vicente Maquínez, pasa la acción. Don Vicente, un comadrón y una dama parturiente. En un salón inmediato

don Vicente se pasea y comprende quien le vea que el hombre pasa un mal rato.

¡Como vibrante clarín ha conado un grito allá! Crilla el comadrón: "¡Ya está!"; gruñe el marido: "¡Por fin!"

El comadrón sale del cuarto de la parturiente.

—¡Repare usted, don Vicente! ¡Echele un ojo al doncel! No dirá... ¡Hasta la nariz es de su padre!

—¿La mía?

—¡Claro está!

—¡Yo juraría

que esa nariz es de Ortiz!

La tripa... ¡voto a un alférez! o la iracundia me ciega o esa tripa es la de Ortega y lo que sigue, de Pérez.

—Vamos, no sea usted gruñón: acérquese y déle un beso.

—¡No, señor! Yo le haré eso ¡después de la reacción!

—¿Una reacción?

—De fijo.

¡Horrenda duda me enoja y me espanta! ¡Y se me antoja que este mamón no es mi hijo!

(Don Vicente de ira loco, coge al chico bajo el brazo y en la consulta de Hornazo

—su médico—irrumpe a poco.)

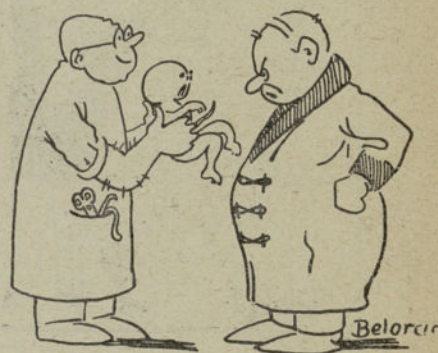
—¡Dime! Esto que traigo aquí,

¿de quién es?... ¡Mi duda crece viéndole, pues, me parece que no se parece a mí!

¡Que con rapidez aclares mis dudas, por Dios te pido, o cojo al recién nacido y le tiro al Manzanares!

Solo, y con toda atención —que a tal amistad le obliga— en su clínica investiga el médico, la reacción. Y de los glóbulos rojos los bioquímicos detalles abren a la Ciencia calles que nunca vieron los ojos del hombre.

—¿Quién duda ya?



—y yendo hacia don Vicente— ¡la verdad es evidente!

—vocifera— ¡y aquí está!

¡No mires más la nariz del chaval, querido amigo, porque no es, yo te lo digo, ni de Pérez, ni de Ortiz...!

¡La ciencia tu duda arrasa y no hay quien le ponga tasa!

¡¡Nada sospeches, Mequínez y torna tranquilo a casa, que tu niño... es de Martínez!!

BELORCIO.



DESENCANTO, por Herreros.

—¡Pues yo no sé cómo nos las vamos a arreglar para escribir a París cuando nos casemos... porque ayer me convencí de que Polito... tiene muy mala letra!...

# La Mujer Que se Hinchó De Esperar...

Tan novela como la primera

## CAPÍTULO VIII

EN EL QUE SE VE QUE EL IRSE DE LA LENGUA ES UNA COSA PELIGROSA

Opinando que ha sonado la hora en el reloj de la lógica (¡Vaya tópico!) de que el lector no termine en un manicomio tratando de descifrar lo indecifrable de esta novela tan novela como la primera, yo, sin que nadie me haya dado cirio en este sepelio y para evitar que el lector acabe en un manicomio voy a llevarle a la casa de Salud.

Es una medida preventiva que creo se me ha de agradecer.

Estamos, pues, en casa de Salud. ¿Estamos?

Pues bien; estamos en un silencioso gabinete de recibir todo: seditaria, lencería, pasamanería y coquetería.

En un ángulo, una *chaise-longue*, que es como una invitación al vaivén: pegado a un testero un piano de cola; sobre una consola un diminuto Apolo de una cuarta de altura, de talla maravillosa; la cuarta de Apolo es digna de un Benvenuto Cellini, y en el suelo, una profusa variedad de cojines, tan llamativa, que no parece sino que se han acaparado en aquella mansión todos los cojines de Europa y algunos de Oceanía.

Sobre la *chaise-longue*, en una actitud de primera estrella del *film*, o séase con la falda más arriba de la piámdre, nuestra linda aparición del salón espiritista... La bella "menina" de don Argimiro, y frente a ella la aprendiz del taller de madame Suizo sentada en el suelo y acariciando distraídamente un par de cojines.

Este detalle hace observar en ella cierta predisposición cariñosa, muy estimable para el futuro.

La joven toma una actitud de asombro, y su interlocutora toma te con pastas con la misma fruición que si tomara el *Metro* un día de partido de campeonato en el *Stadium*.

Salud rompe el silencio un poco embarazoso, y rompe una tetera chinesca al inclinarse, nerviosa, en la *chaise-longue*.

—¿De modo—interroga con curiosidad—que tú no has conocido nunca a tus padre?

—Sí, señora.

—¿Cuando eras pequeñita, acaso?  
—No, señora; cuando era mayor.  
—Y, ¿quiénes fueron?  
—Pues... unos sinvergüenzas que me abandonaron recién nacida en un banco del Botánico.

—Yo te pregunto que si los has conocido personalmente.

—No, señora; ¿no le digo que me abandonaron en el Botánico cuando era una mamona, hasta que un alma caritativa me recogió?

—Sí, me lo explico... Por eso estaba yo creída que eras hija de madame Suizo.

—Soy ahijada nada más.

—Ya lo veo; y me extraña mucho, porque la Suizo no es muy blanda. Aunque presume de magnánima, todo lo hace de boquilla.

La joven no se atrevió a replicar a esta acusación. Su interlocutora habría dado, por lo visto, en la llaga.

—Además—arguyó Salud—, cuando hace un favor se complace luego en refregárselo a una por la cara.

—¡Eso sí que no!—gritó la muchacha— A mí jamás me lo ha reíregado por ahí.

—Lo dudo porque es una deslenguada.



SOLILOQUIO, por Herreros.

—Con todos me ocurre igual. Presumen de dinero y me deslumbran con que tienen tanto y cuánto, y a la hora de la verdad... ¡diez reales en calderilla!

—¿Deslenguada? ¡Protesto! ¡Si sabré yo que eso no es cierto!

—Tú, claro es, tienes que defenderla; al fin y al cabo la debes gozar cierta posición..

La muchacha se ruborizó un poco. La alusión al goce de su posición, no dejó de alarmarla.

—Lo que no hace bien—agregó Salud implacable—es en explotarte de tan desgraciada forma tratándote, no como a una ahijada, sino como a una esclava. Te está chupando la sangre..

La muchacha se creyó obligada a una nueva protesta.

—Tanto como eso no... Tiene sus días..

Hubo una pausa. Salud siguió insinuante:

—Lo extraño es que tú, que tienes condiciones para colocarte mejor, te avengas a ese trato.

—Me avengo con gusto. Ella me trata con delicadeza casi siempre. ¿Para que voy a colocarme mejor estando así bien?

—Para estar mejor mirada.. Por ejemplo, si te unieses conmigo, no lo pasarías mal.

—Puede ser.

—No lo dudes. Yo soy una mujer sola y de buena posición; me aburre esta vida solitaria, y en mi compañía estarías hecha una reina. Además, si tú quisieras...

—¿Qué?

—Podríamos ser inmensamente ricos.

—¿Cómo?

—Te lo explicaré. Es un secreto que sólo yo conozco y que voy a revelarte, porque podría hacernos de oro. Verás. En un mueble antiguo que vino a mis manos en una almoneda encontré una

vez por casualidad un curioso papiro con una inscripción extraña, y unas notas escritas en mongol. Aquel papiro me lo trajo por otro papiro un domador de ranas indias, y dice así.

Salud abrió un mueble y sacando de él un arrugado pergamino, leyó:

“Yo, Ya Ta Dao Gian Lama del Templo de Corea, lego al azar una mi hija, producto de un rato de solaz con una bella bayadera que bailaba estupidamente la danza del vientre en el templo y fuera de él. Al que un día me la restituya se la gratificaré espléndidamente con diez millones de papiros..

—Luego ese papiro...

—Vale diez millones de ídem al contado... Y si tú quisieras padías ser esa joven y hacernos de oro.

—Pero esa joven, tendrá algún signo o alguna marca para poderla reconocer...

—Ciertamente, pero esa señal podemos falsificarla fácilmente con cierto líquido imborrable que me facilitó el domador de ranas. Se trata simplemente de una inscripción sobre una manchita morada, que la interfecta ha de poseer en determinado lugar, virgen a toda profanación...

La joven al oír esto se levantó nerviosa.

—Una mancha en un lugar...

—Sí.

—Y en un lugar de la mancha.

—Una inscripción que diga.

—¡Hqmola jeatokh lahier!

—¿Qué quiere decir...? preguntó la muchacha, en el paroxismo.

—¡Que el gran Espíritu te libre de una mala lengua!

La joven cayó redonda sobre los co-

jines, presa de un ataque de bilis, al comprender que Madame Suizo se había ciscado en el emblema del Gran Lama.

Ahora... ¡Ahí queda eso!

ANTONIO R. DEL REAL.



COMPRANDO UN REGALO EN UNA TIENDA DE POSTIN, por Montero Bosch.

El marido.—...y no se olvide de colocar la etiqueta de la casa de modo que no se caiga.

El dependiente.—Descuide el señor, que se la pegaré bien.

## No ha pasado nada

No, señores, no ha pasado nada; ha sido una falsa alarma que, afortunadamente, no ha traído el menor perjuicio, y quién sabe si mucho beneficio. A fe de Incórdiez, ¡pardiez, voto al chápírol, ¿cómo aviades de imaginar, menguado de mí, que mis huestes de esforzados hombres de a pie y los jinetes, a más de los encargados del avituallamiento de guerra y boca se dejaran papar de moscas? Que no se socava mi torreón así, de manos débiles de negra uña; que hay que aparejar las fuerzas de los titanes y las de los elementos, menos invencibles que mi esforzado ánimo y mi fuerte brazo ante... ¡Bueno! Todo esto quiere decir que me juego un tomate contra un real de queso a que el Almanaque de COSQUILLAS es el suceso del año. ¿A que sí? ¿Va el tomate?

Vuestro, como si fuera un galápago,  
(¡Se me olvidaba!) ¡Caray, qué pena!

INCÓRDIEZ



EXPERIENCIA, por Bellón.

Ellos.—Si queréis, os llevamos al cine a un palco.

La carabina (aparte).—¡Vaya; ya veo que me crecen las margaritas en el gorro!



Otelianas

# La venganza de don Protocolo

Don Protocolo Manso del Corral y Morlaco de la Dehesa, digno continuador de la noble estirpe de los Morlacos del Cortijo de los Pericos (Almería), por parte de madre, y de los no menos nobles Mansos del Cabezo de la Joya (Huelva), por la de su padre, sintió aquella mañana un extraño dolor en las sienas. Si el cronista, humilde siervo de la sinceridad, hubiese cursado tres o cuatro años de billar en cualquier salón de Medicina, o mejor dicho, varias asignaturas de Medicina en algún salón de billar, os diría que don Protocolo padecía, o pudiera padecer, un trastorno cerebral complicado con seis o siete piruetas de diccionario tecnológico; pero como el *rubricante*, hombre que los libros de texto los detesta, conoce y no de atrás, pero sí de hace algún tiempo, a la estupidez de señora que comparte el tálamo, el pan y la cebolla de nuestro Manso del Corral, supuso en seguida que las molestias que aquejaban al susodicho Morlaco, eran tan sólo un efecto telepático, algo así como un trágico presentimiento.

Nuestro amigo—los maridos de las mujeres *estupefactantes* ocupan siempre un lugar de honor en nuestra amistad, por la inevitable atracción que senti-



El.—Te soy franco. Tengo celos de tu perro.

Ella.—Tontín, te rebajas al pensar así.

Dib. de Cambringe.

mos al abuso de confianza—se dirigió a un garlito, con objeto de distraerse, donde se jugaba a los prohibidos. Allí fué víctima nuevamente de la corazonada violenta. A paso de banderillas le dieron cuatro pases haciéndole doblar receloso. Indudablemente tenía un fundamento su malestar *senil*. (Aclaración: *senil* puede derivarse de *sien*. Como se verá aspiramos a un sillón académico para representar dignamente el *argot de Madalena p'abajo*, único de España relegado al olvido.) Don Protocolo, más mosqueado que pueblo de la sierra en verano, marchó a consultar su padecimiento a un médico amigo de la infancia. Le recibió una doncellita en estado de merecer... no serlo. Al verle descompuerto, le dijo:

—Tome, señor.

—¿Qué es esto?

—Lo mejor para la descomposición: un papel. Me lo dió el señorito para el señor.

Don Protocolo leyó trémulo. Escarbó el polvo de la alfombra, bufó repetidamente, y exclamó gimiendo:

—¡Los infames! ¡Oh, ah! ¡Horror! ¡Qué espanto! ¡La caraba! ¡Yo me muero! ¡La desesperación! ¡El ramonismo! ¡Adiós!

Dirigióse a la calle. Fué madurando un plan verde. Claro es, que para verde el que se estarían dando en aquellos momentos los traidores. Ya que su fiel compañera se había fugado con el médico, marchándose a consumir su plan galante a las doradas playas levantinas, no quedaba otra solución que ir hacia el Oeste y encargarse allí de enviar al Este a los otros. ¡Vaya puntos! Compraría una pistola de repetición y una guía. La guía no era para el arma: era para saber a qué hora partiría el tren de la venganza. Hechas estas reflexiones y comprado que hubo sido el instrumento que dejaría limpio de orin el noble hierro de los Mansos y de los Morlacos, fuése al café a pasar el tiempo. Es lo que se decía pensando en la dulce hora de los tiritos: "El pasatiempo hoy, y la solución mañana".

Pero... (este pero es fruta de todos los novelistas incipientes como un servidor de ustedes). Pronto decayó el ánimo de don Protocolo. Si hubiera dispuesto de un rápido en el momento, todo se consumaría como se proyectó en su astada testa; mas faltaban varias horas para la partida y poco a poco se fué enfriando su coraje, hasta que al fin pensó en el olvido y en hacerse el perturbado. Era mejor. Y como al exterior aun tenía que demostrar que la sangre corría cuasi tumultuosa por su sistema venoso, gritó dirigiéndose al camarero de turno, y recordando su olvidado deseo de venganza:

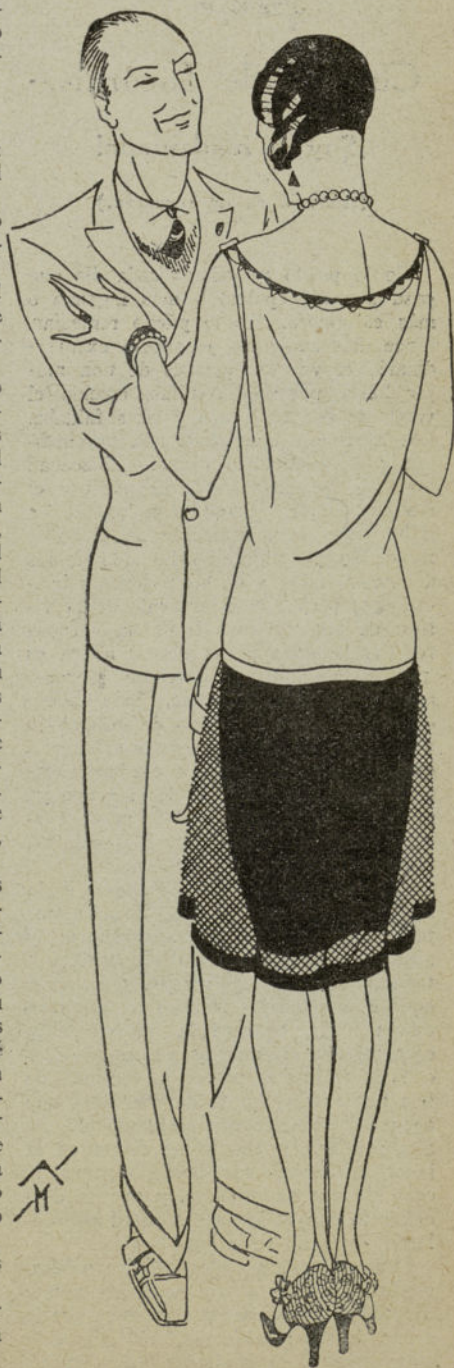
—A ver, pronto. ¡Café! ¡Un exprés con leche!...

¿Cabe mayor velocidad para un ser que anhela la reparación de su honra manchada?

Y eso es lo mismo que el que tiene tos y se compra una trinchera.

VILA BELTRÁN.

¡Qué hermosas planas en color!  
¡Qué chaparrón de historietas, y  
qué diluvio universal de ingenio...  
en nuestro Almanaque, que será  
el próximo número...!



Ella.—Una mujer casada como yo tiene que hacer ciertas cosas con mucha prudencia.

El.—Es que yo le propongo a usted un reservado.

Dib. de Moliné.



## Charlas de Incórdiez

¡Soy un inadaptado!

(Historia de un sucedido.)

No lo puedo remediar; cada día que pasa soy más paleta o más ingenuo o más caliginoso. No lo puedo remediar. Hace diez años, era un suceso extraordinario el ver las piernas de una mujer hasta por las rodillas, cuando el viento se ponía farruco y las sofaldaba. Los caballeros que veían una tan insólita cosa, cambiaban la color, bizcaban los ojos, se pasaban la lengua por el reseco labio, tropezando con los faroles y buscando codiciosamente en el bolsillo de su pantalón. Yo he sido de los del reseco labio y de los codiciosos buscadores; pero este espectáculo de la visión de unas piernas hasta la carnosa rodilla, se daba pocas veces; ahora es una exhibición continua de piernas, muslos, brazos, descotes, más abajo del descote y más abajo de más abajo del descote. Y son muchos los caballeros que se han habituado a ese enervante espectáculo; son incontables los que ya no padecen hambre y sed de muslo carnoso ante las semidesnudas señoras, señoritas y niñas sin graduación.

Ahora va usted de visita a casa de la honorable y bella señora de X, para tratar de un asunto de testamentaria, y apenas se ha sentado usted en una butaquita tan baja, ese muelle, que se le quedan a usted las rodillas a la altura de la nariz, aparece la señora de la casa, apenas encubiertas sus morbideces con un traje que parece la camisita de una muñeca: el borde del vestidito, que apenas si coincide con el remate de sus alta medias, en cuanto se sienta en la butaquita baja, ese borde, apenas si coincide con su ombligo, y excuso describir lo que se le pone a usted por delante, y ¡cómo se le pone!

Porque la guapa y escultórica señora, desde el momento que se sienta frente a usted de esa guisa, le demuestra que la carne de sus muslos tiene el color y la transparencia de la de las hojas de las rosas, y que a través de la malla de sus medias se transparentan unos pelitos, que en el tocino serán un defecto para ponerle reparos, pero en sus pantorri-

llas son una cantárida para nuestro desco. Y no me da la gana de describirles lo que a poco que se revuelva en su butaca nos muestra la señora, y no a lo garçone.

Y aquí viene lo angustioso de la situación. Usted comienza a departir con ella del grave asunto que le llevó a su presencia; y ella, a replicarle con las más correcta entonación, y a veces con una elegante severidad, sin darle importancia a las ricuras que tiene de manifiesto, y sin, al parecer, apercibirse de que es usted un camaleón, por cómo cambia de color a cada segundo.

Cuando ya suficientemente tratado el asunto y llegado el momento de concretar su solución, y vuestra bella y semidesnuda interlocutora ultima sus condiciones, viene lo bueno.

Porque mientras ella, indiferente a vuestro tormento, cruza y recruza sus piernas, le propone transacciones o inicia nuevos criterios sobre el asunto, usted está ya a punto de salirse... por peteneras de puro lunático.

Y se ha dado el caso de que ella, finalmente, os haya dicho: "Bueno, amigo mío; transijo con sus condiciones, pero le suplico que active cuanto pueda el asunto. Yo necesito firmar ese documento hoy mismo. ¿Me lo puede usted traer ahora mismo? ¿Le viene bien ahora?..."

Y usted que está conteniéndose, atizándose pellizcos como mordeduras, le contesta con los ojos aborregados: "¡Señora; ahora mismo, y mientras recuerde esta visita!...

Vuestro hasta el desvanecimiento,

INCÓRDIEZ.



El señorito.—Bueno, Ruperta: ya hemos pelado la pava bastante ¿qué me contestas a mi proposición?

Dib. de Beilón.



Ella.—Chico, quien me había de decir que te meterías a vendedor de huevos.

El.—Es que ya sabes que yo soy muy valiente.

Dib. de Enciso.

## El Almanaque de «Cosquillas»

¡Ya está aquí! ¡El próximo número! ¡Que me dejen poner unas sanguijuelas en donde ustedes queran si no les gusta! ¡Que llevo quince días sin dormir gracias a las ayudas que he recibido... por la punta de jamón! (Esta alusión lleva dirección desconocida, y ya saldrá todo en la colada "seguramente".)

¿Queréis asomarnos a la mansión de la Gracia? (Esto no es el anuncio de una corsetería.) Adquirid, si puede ser antes de que salga, un ejemplar del Almanaque de COSQUILLAS, en donde hemos puesto todo nuestro amor al público y en el que nos jugamos los rizos.

Por el módico precio de reales cuatro podéis entrar en posesión del mejor Almanaque galante; de un Almanaque de tres telas, como la mejor trinchera.

Vuestro, hasta darme a las locuras,

INCÓRDIEZ

(¡Se me olvidaba!) ¡Caray, qué pena!

3.



La pierna de platino

(Hemos subido)

Concurso de pantorrillas,  
primeras zonas del muslo  
y pinreles

No te precipites a elegir y juzgar, lector querido, porque te estoy sirviendo lo más flojito antes de meterme en harina. Hay cada foto de pierna tomada hasta mucho más arriba de la choquezuela, ya cerca del lugar del suceso, que cuando las veas, si no caes redondo, cuando menos ligeramente achafanado das el porrazo.

Tuyo, agradecido, INCÓRDIEZ.

Foto. Walken.



## DE CINEMATOGRAFO

Mac Murray en una graciosa escena de la gran película de la Metro Goldwyn, *La viuda alegre*. El pequeño botones del primer término se chupa el dedo mientras contempla las elegantes piernas de la gran actriz. Nosotros nos chupamos hasta el codo.